

comenzar los playoffs y sintiendo esa atmósfera tan especial, conversé de eso con él. Leí en sus ojos la nostalgia de tiempos idos ya, de cuando a él le tocó vivir esa armonía en varios momentos de su carrera con quienes fueron sus compañeros.

No lo pensé dos veces y le pedí que me acompañará durante los playoffs, como cuando de niño lo hacía en muchos torneos. Sabía que éste sería especial para los dos. Y sí, también sabía que podía ser el último.

Quise, sin decírselo, regalarle el vivir una última vez esa magia.

Paso a paso vivimos los playoffs y esas cenas después de cada juego eran interminables. Escuchaba a mi padre revitalizado, volviendo a su juventud, pero ya con una experiencia impresionante.

Un padre cariñoso

Era al mismo tiempo el padre cariñoso que platicaba con el niño de ligas pequeñas y el instructor recio que le hablaba al pelotero profesional olvidándose del parentesco.

Las rondas de postemporada fueron pasando y de nuevo llegamos a la final contra los Leones de Yucatán.

Aquí se sumó un ingrediente complicado: Mi bebé de semanas de nacido tuvo que ser hospitalizado en los Estados Unidos.

Esas son de las encrucijadas más

difíciles en la vida de un pelotero. La decisión la tomé conversando con mi viejo. Era simple, pero bien dura. No siendo médico, poco podía hacer por él estando allá, en cambio, aquí tenía que cumplir con un deber y podía ser más útil en lo que sí sabía hacer.

No es fácil explicarle eso a una madre y menos aún que lo entienda. Tampoco es sencillo quedarse y aun sabiendo jugar béisbol, tener cabeza para jugarlo en esa circunstancia.

Ahí entró de nuevo el veterano García, a mover con sus palabras para que descargara toda esa ansiedad y ese coraje en cada swing y en cada tiro

desde el jardín, en tomar la base extra, en dar el ejemplo y ser factor de unión en el vestidor.

Sin él ahí, no sé qué hubiera pasado, pero seguramente la historia habría sido muy diferente. Tuve la fortuna de que Dios me iluminara para convertir un caudal de emociones negativas en resultados positivos.

Fue así que Dios, por conducto de mi padre, me condujo a tener una final en que pude destacar y contribuir.

Cayó el último out, vino el abrazo colectivo de la victoria, la cerveza y la champaña en el vestidor. Me costó trabajo contener las lágrimas cuando

me encontré con mi padre. Acerté a quitarme la medalla que me habían dado. Él la merecía más que yo y quise dejársela como testimonio y dedicación no solamente de ese momento, sino de toda mi carrera, a él como padre, como hombre y como instructor.

A él también le costó trabajo contener el llanto. Nos fundimos en un fuerte abrazo, quizá el más memorable que jamás nos dimos.

Por eso, el momento que aquí relato supera a cualquier otro.

Lejos de la sabermetría

Lástima que la sabermetría no pueda ni sepa medir eso, que también influye en los campeonatos.

Si lo duda, pregunte a dos que de esto saben un rato y lo demostraron teniendo un inmenso detalle, que también atesoro en el rincón de lo inolvidable.

Al año siguiente el Sr. Pepe Maíz y Roberto Magdaleno, que de intangibles conocen y de bonhomía un poco más, le dieron a mi padre su anillo de campeón.

Ese fue el último campeonato en que estuvo presente y contribuyó enormemente Francisco García en la Liga Mexicana de Béisbol.

Y sí, de esa contribución no hablarán ni las estadísticas ni la Enciclopedia de Treto Cisneros.

